

yes, y el enlace y armonía que éstas tienen con la constitución pública del Estado, sepan sólo fraguar fórmulas y estratagemas cavilosos para torcerlas á su voluntad y hacerlas servir á sus preocupaciones y caprichos; y deseoso de que en las nuevas instituciones se reformase este abuso, introducido por la ignorancia y sostenido por la malignidad, estableció en su plan los elementos del derecho público universal y particular de España, y esto con tanto orden, método y claridad, que si algún día llega á ejecutarse debidamente, él solo bastará para dar una cabal idea de todo nuestro sistema legislativo, y para que la posteridad reconozca la justa razón con que este sabio Cuerpo premió el mérito de su autor. Pero era éste tan sobresaliente, y tan notorio ya en toda la nación, que nuestro ilustrado Gobierno lo creyó digno de más alta recompensa; y elevándole á la fiscalía del Supremo Consejo de Castilla, dió á un mismo tiempo un testimonio solemne de su justicia, y unos evidentes indicios de las esperanzas que tenía concebidas de su literatura y de su ingenio.

Conoció FORNER toda la grandeza del beneficio que acababa de recibir de la liberal mano del Monarca, y las estrechas obligaciones que había contraído en su nuevo ministerio, y supo desempeñarlas con todo el acierto, celo y exactitud que convenían á un magistrado recto, á un juriconsulto sabio y á un filósofo profundo. Su eficacia y actividad en la breve expedición de las causas, la dulzura y afabilidad de su carácter, su aplicación constante é infatigable, su amor ardiente del bien público, su energía vigorosa para defender los derechos de la soberanía, sus vehementes anhelos por la prosperidad universal del Estado, sus vastos designios para promoverla, y en fin, la extremada prudencia y sabiduría que acreditó en los negocios más difíciles y arduos, son unos hechos bien sabidos de muchos de los que me escuchan, y de que podría yo daros pruebas muy convincentes, si fuera siempre lícito revelar los secretos de la amistad. Mas ¿deberé acaso pasar en silencio los particulares motivos que harán siempre preciosa su memoria entre los individuos de este ilustre Cuerpo? Vosotros, Señores, que le elegisteis por su presidente, conociendo cuánto podía contribuir con sus luces á nuestros progresos literarios, sabéis también el derecho que tiene á nuestra gratitud. Vosotros le visteis asistir á nuestras juntas con toda la frecuencia y puntualidad compatible con sus inmensas ocupaciones. Vosotros le oísteis discurrir con profundidad sobre los puntos más intrincados de nuestra historia y nuestra legislación. Vosotros recibisteis de su boca doctas instrucciones sobre el estudio de la jurisprudencia, de la política, de la elocuencia forense, y de las demás partes que constituyen á un perfecto juriconsulto; vosotros supisteis los proyectos que meditaba para engrandecer esta Real Academia y propagar su nombre por todo el ámbito del reino; y vosotros esperábais coger muy en breve el fruto de vuestra acertada elección.... Pero el término de los días de FORNER era llegado, y se acercaba ya el instante fatal que había de burlar todos nuestros deseos, y frustrar las esperanzas de la patria. Una enfermedad peligrosa, de que había adolecido desde su juventud (1), le acomete, le postra, y le conduce aceleradamente al sepulcro; pero él espera este momento espantoso con la tranquilidad y resignación propias de un filósofo cristiano. Recibe con ternura y devoción los últimos sacramentos de la Iglesia, procura templar con sus palabras el desconsuelo de su desolada familia, sufre con serenidad y constancia los acerbos dolores que le atormentan, da en el último período de su vida un testimonio ilustre de su amor á la humanidad (2), y desaparece al fin de entre nosotros el día 17 de Marzo, á los cuarenta y un años de su edad.

Murió FORNER, y con su muerte perdieron las Musas un discípulo insigne, las letras un profesor eminente, la filosofía un patrono fervoroso, la justicia un ministro íntegro, la patria un ciudadano benéfico, la religión un defensor acérrimo, nosotros un presidente sabio, y la nación toda una antorcha luminosa. Murió; pero la memoria de sus virtudes y de su sabiduría será trasladada á la posteridad, y excitará su admiración y su agradecimiento; su nombre permanecerá escrito en los fastos de nuestra literatura, y recibirá siempre los elogios merecidos; su fama triunfará gloriosamente de la envidia de sus émulos y del trascurso de los siglos; y la patria, la filosofía y la amistad llorarán amargamente su pérdida y publicarán sus alabanzas.

(1) Muchos años había que padecía un afecto hipocóndrico, que le acometía de cuando en cuando y le causaba unas palpitaciones muy extraordinarias y molestas. Y este mismo accidente fué el que le causó la muerte, según el dictamen de los facultativos que le asistieron.

(2) En los últimos momentos de su vida llamó á don Antonio Franseri, y le hizo observar los extraordinarios síntomas que padecía; advirtiéndole que se aprovechase de estas observaciones para otra ocasión semejante.

Y tú, varón virtuoso é ilustrado, si las débiles voces de los hombres pueden penetrar hasta la silenciosa morada de los muertos, y si sus votos merecen ser oídos de los que habitan la mansión eterna de la inmortalidad, recibe este sencillo homenaje, que te consagra nuestra gratitud y nuestro dolor; tu mérito y tu talento te han hecho digno del respeto y estimación pública, y nosotros deseamos satisfacer antes que todos esta deuda sagrada. Reconocemos todos los beneficios de que te somos deudores, y jamás los olvidaremos. No se borrará nunca de nuestros pechos la ilustre memoria de tus virtudes; y siempre que oigamos pronunciar tu agradable nombre, éste fué, nos diremos, nuestro Aristides, que unió á la integridad de magistrado la sencillez, el candor y el patriotismo; éste nuestro Sócrates, que, confundiendo á los audaces sofistas, fué el blanco de su rencor y de sus calumnias; y éste nuestro Anacársis, que por haber ilustrado á su patria sufrió más de una vez la persecución de los ignorantes.

JOAQUÍN MARÍA SOTELO.

POESÍAS. (1)

ODAS.

I.

Á DAMON (2).

Damon, ya su carrera
Dilata Febo, y en alegres días
Al campo halaga su esplendor risueño.
El encogido ceño
Huyó del tardo hielo á las sombrías
Regiones del Trion do persevera
El lento paso del nevado Enero.
Y avaro el sol se niega á su hemisfero.
Claveles derramando,
Y alhelios y rosas en distinta
Copia el Mayo gentil por el Oriente,
Con sonrosada frente,
Y mano docta que los prados pinta,
Festivo ya y ufano va asomando:
Risueño escapa el arroyuelo al río,
Y susurra frondoso el bosque umbrío.
Y la cítara anima
Batilo, y á su voz en vago vuelo
Mil avecillas corren, que traviesas,
Saltando en las espesas
Ramas, le siguen dulces: brota el suelo
Mullida grama en abundancia opima;
Donde sentado el simple pastorcillo,
Canta las penas de su amor sencillo.
Al soplo impetuoso
Del soberbio águila no brama hinchado,
Ni azota el mar de Cádiz su alto muro;
Ya con timón seguro

(1) Casi todas estas poesías se conservaban inéditas en el archivo de la familia de FORNER, y han sido copiadas de los borradores autógrafos.

De estos borradores de FORNER sólo hemos suprimido algunas composiciones de la primera juventud, en las cuales, por la trivialidad del concepto y la inseguridad del estilo, se trasluce demasiado el poeta principiante. Entonces el nombre poético de FORNER solía ser *Floro*. Más adelante prevaleció el de *Amita*. *Silvia* reemplazó asimismo á *Filena*.

Igualmente hemos suprimido, por exceso de familiaridad chocarrera, algunas composiciones cuya copia se conserva en la Biblioteca Nacional, y por insignificantes, varios fragmentos. Hay, entre éstos, algunos versos de una oda á la *Impiedad*, y de otra á la *Fortuna*, y trozos de dos poemas, *El Buen Gusto* y *La Pedagogía*.

(2) Don Pedro Estala.

La riqueza de Oriente en leño osado
Cruza sin miedo el piélago espumoso,
Y restituye el gozo á su semblante
El avaro temor del mercaderante.
Ríe naturaleza
Con floreciente vida en cuanto abraza
El ancho cerco de su esfera pura.
De su vária hermosura,
Cuando paze, ó festivo se solaza,
Goza del bruto la feliz rudeza:
Goza dichoso el ámbar de las flores
Y el ardiente matiz de sus colores.
Goza el reir sonoro
Del bullicioso céfiro, y derrama
La vista por el diáfano horizonte.
Allá le ofrece el monte
Poblada cumbre, que, á la roja llama
Del sol, brilla bordada en grana y oro,
Y el líquido cristal que entre sus peñas
Mana y baja saltando por las breñas.
Acá en verde llanura
Solitaria floresta, cuya pompa
Mancha de sombras el luciente suelo.
Allí mora del cielo
La soberana paz, sin que interrompa
Su celestial sosiego la amargura
Con que, afanado en turbulencia impla,
Se aflige el ciudadano noche y día.
¡Qué ingrato, con los dones,
Damon, del cielo, á sus recreos puros
Trueca el mortal el gozo de sus vicios!
Livianos desperdicios
De su malicia son vanos ó impuros
Cuantos, preso entre miserables pasiones,
Gusta placeres en enjambre urbano,
Consigno mismo y con su bien, tirano,
La luz del nuevo día
Le llama, no á mirar del alba hermosa
La rosada venida por Oriente,
La sombra al Occidente
Su manto encoge y huye presurosa,
Y las obras de Dios con gallardía
Van ostentando su esplendor diverso
En la vaga región del universo.
De ellas no cuidadoso,
Corre á engolfarse en inquietudes locas,
A que le instiga el interés malvado.
En tropel obstinado
Suenan las calles como, en altas rocas,
Sordo murmura el ábrego rabioso;

Y aguijada del ansia, turba inquieta
Se derrama al afan que la sujetá.
Al templo turbulento
De Témis parte acude; infeliz parte,
Que el frande anima ó el error desnuda.
Con máscara de duda
La discordia feroz allí reparte
Mortífera ponzoña en largo aliento,
Y luchan por el hálito inhumano
Padre con hijo, hermano con hermano.

Parte al palacio vuela,
Y el agudo temor vuela con ellos,
Compañero molesto de sus gustos:
Celos, envidias, sustos
Abrigan anchos los salones bellos,
Y la ambición, asida á la cautela,
Monstruos cria de hipócritas semblantes,
Abatidos á un tiempo y arrogantes.

Síguelos á la mesa
Después de tal delicia, y de la gula
Verás hazañas en voraz estrago:
Como en espeso lago
Cadáveres el vientre en sí acumula,
Donde es del gusto acreditada empresa
Rendir el juicio al bacanal veleno,
Y cercenar la vida en largo sueño.

Al ocaso declina
La luz, y de ella sólo en cristal breve
Usa torpe casada en ocio vano;
El adorno liviano
Del largo día la carrera embebe;
Adultera la tez, el talle afina
Para que inspire en las sobrantes horas
La mentida beldad ansias traidoras.

¿Qué debe á las ciudades,
Damon, la alma virtud? ¿Qué la inocencia?
¿Qué el honesto candor de limpios pechos?
Debajo de sus techos,
Fraudulenta ó pomposa, la insolencia
Hierva prodigamente en vanidades,
Y con ellas se goza, cual su pena
Templa el cautivo al són de la cadena.

Huye del cautiverio,
Y entrega al desahogo deleitoso
Del vario campo la oprimida mente:
En él nada te miente:
Si te agrada la pompa, en el frondoso
Bosque te abisma, y del divino imperio
Adorarás la natural grandeza,
Sin que á miedo te obligue ni á vileza.

Si las delicias amas
De espectáculo bello, con deleites
Te brinda el prado de verdad hermosa:
La violeta, la rosa
No brillan, no, con pérfidos afeites:
No hba, no, de sus lucentes ramas
Sucios barnices la dorada abeja,
Ni miente fresca edad la planta vieja.

Allí nunca oprimido
De la envidia serás, porque te es dado
Crecer la gloria de tu patria un día,
No en bárbara, no en fría
Lisonja el dón celeste profanando
De orgulloso desden dure ofendido:
El cielo escuche tu sonora lira,
Que él conoce el valor de lo que inspira.

II.

No me aqueja, fortuna,
No me acongoja el mísero tormento
De tu mano importuna,
Ni dolorido acento
Mostrará que es cobarde el sufrimiento.
Al umbral pavoroso
De la dura mansión del orco oscuro,
Con plácido reposo,
Bajaré más seguro
Que tarda sombra de tirano impuro.
¿Qué pálidos temores
Mi paso detendrán? Yo ni, en dorados

Techos, tristes sudores
De súbditos postrados
Derramé en usos torpes ó malvados.
Ni de la flaca Astrea,
Sacerdote venal, órgano injusto,
La virtud hice rea;
Ni poderoso adusto
Leyó en mi ceño el infeliz su susto.
Sencilla medianía,
Dón de los dioses, al rigor me niega
De la ambición impía,
Ni otro mortal me ruega,
Ni humilde á hablarme la virtud se llega.
¡Oh pacífico techo!
Lares humildes de virtud dichosa,
En donde ni el despecho,
Ni la envidia rabiosa
La paz de mis deseos turbar osa.

III.

TRADUCCION DE LA ODA III DEL LIBRO II
DE HORACIO.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No ménos que en la próspera, segura
De inmodesta alegría,
La mente inalterable noche y día.

Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, ó ya risueño,
De placeres ceñido,
Hinchendo el hondo vaso el halagüeño
Falerno, que conserva
La reservada cava en blanda hierba,

Te goces reclinado
Léjos de la ciudad, do á las nfanas
Ramas de un plateado
Alamo se entrelacen las lozanas
De un pino corpulento,
Y su sombra convida al fresco asiento;

Y donde alegre y viva
De arroyuelo fugaz linfa sonora
La marcha fugitiva
Serpeando apresure. Aquí de Flora
Haz ¡oh Delio! que lleven
Cuántas delicias de su copia llueven.

Haz que lleven ungüentos,
Delicias del olfato; alegres vinos,
Sabrosos, no violentos;
Halagüeño matices peregrinos
De la efímera rosa,
Y haz ¡oh Delio! tu vida deliciosa,

Mientras que lo permiten
Tus muchos bienes y tus dulces días,
Y las Parcas omiten
Cortar el hilo de tu vida; implas
Cortarántele luégo
Sin que se ablanden al humilde ruego.

Y entónces la adquirida
Tierra forzado dejarás, la casa,
Y la granja lamida
Del Tiber rojo; y poseerá sin tasa
Un heredero ansioso
De tu tesoro el cúmulo asombroso.

El rey del orco horrendo
No distingue de estados; que de anciana
Progenie descendiendo,
Sus riquezas heredas, que villana
La suerte te castigue,
Y vil plebeyo á mendigar te obligue,

Bajarás al averno,
Y bajarémos todos; inviolable
Para el destierro eterno
La urna á todos nos mueve; inexorable,
Más tarde ó más temprano
A él nos lleva Caronte el inhumano.

IV.

EN LOS DIAS DEL REY DON CÁRLOS IV.

Hoy es el fausto y venturoso día
En que el rápido giro de los años
Tu nombre augusto á tu nación renueva,
¡Oh Carlos! y hoy con pia
Veneración al Rey omnipotente
Votos tu pueblo agradecido eleva,
Que, segura de daños,
Hagan en tí su imagen permanente.
Que en tí viva su imagen, coronando
Las virtudes tu frente, hoy que hermanadas
Cercan tu trono en la solemne pompa.
Que su divino bando
Nunca te arranque infausta desventura,
Ni su voz en tu sólo se interrompa:
De tí siempre adoradas,
Adorado serás con mente pura.

No estrepito feroz de horrenda guerra
Labre tu gloria, ni á futuras gentes
Vaya envuelto tu nombre en mortandades,
¡Ay! desolar la tierra,
Por ansia de ambición facinerosa,
No es, oh deidad de Iberia, de deidades,
Ni á la muerte inclemente
Nunca un padre á sus hijos llevar osa.

Tal España venera tu ternura,
Y al padre augusto de la patria ofrece
Holocausto inmortal de fe debida.
Tu nombre así asegura
Dulce y tierna memoria en los anales
De la adorable paz, donde esculpida
Ya viva resplandece

Tu gloria, opuesta á tan funestos males.
Sirvan de alfombra á tu benigna planta
Las que en reposo próspero produce
El ancho y fértil cereo de tu imperio.
Rige el arado y canta
A tu nombre la gala el venturoso
Labrador, que enriquece tu hemisferio;
Y en su semblante luce
Del amor á su rey rayo gozoso.

Entra después en sus felices lares,
Y allí ve la abundancia, alegre fruto
De su trabajo y de su afan paterno.
Sus hijuelos á pares
Le ciñen, y con lágrimas festivas
Los abraza, y con ellos, por tributo
De tu amable gobierno,
A tu nombre consagra tiernos vivas.
Y (viva (dice) el grande soberano
Por quien España ve su frente amena
De espigas y de frutos coronada!)
El progreso inhumano
Del impio tiempo reverente honore
Su memoria, á los siglos trasladada;
Y de respeto llena,
Siempre así vuestra voz, hijos, le adore.

La aclamación repiten, resonando
En cristalinas grutas, ninfas bellas
Del uno y otro mar que á Iberia abarca.
Al viento desplegando
El pacífico lino, del Oriente
Conducen dones al feliz monarca,
Que con sus manos ellas
Al puerto los impelen blandamente.

Así naturaleza el justo celo
Respetá, y así próspera derrama
Los bienes con que brinda á los mortales;
Y así el volver del cielo
Reproduzca tu nombre, y con su gloria
De la nación las dichas inmortales,
De cuya amable fama
Dura siempre adorada la memoria.

(1792.)

V.

POR LA BUENA MEMORIA DE SAFO (1).

Triste coplero, que la cumbre excelsa,
No profanada de ignorante tropa,
Con cascabeles y cencerros toscos
Hórrido turbas;

Tú, que del Pindo las cavernas santas
Con eco infausto de maligno estruendo,
Haces, indocto, que retumbe ronco,
Bárbaro acento;

Huye, infeliz, á la región remota
Donde de Febo el rubicundo rayo
Niega á la tierra su benigno influjo,
Sus luces bellas.

Allí te escuchen agoreros buhos,
Ciegas lechuzas de espantable gesto,
Lúgubres cuervos, que con su graznido
Te solemnicen.

Huye, que Apolo vengativo vibra
La flecha invicta que los monstruos doma;
Huye; no llegues al sagrado Pindo,
No le profanes.

Celoso el númen de su culto puro,
Venga implacable sacrificios torpes,
Cuando á su templo la ignorancia osada
Guía su paso.

Midas lamenta, en memorable ejemplo,
Pena risible de su oreja ruda,
Ya de sus sienes la corona régia
No sube en rayos.

En rayos suben de su sien jocosa
Largas orejas, que á su pueblo ofrecen
Asno monarca; del pomposo trono
Triste ignominia.

Tú, que del Pindo destemplan osaste
La sacra lira, y el divino plectro
Con que los orbes á su acento mueve,
Manoseaste,

Teme que airado, con mayor castigo,
Siempre en tus sienes duplicados rayos,
Con que te ofrezca al español imperio
Asno poeta.

VI.

Á SU AMIGO DON PEDRO ESTALA.

No hay otro medio de agradar al cielo,
que el seguir el camino de la virtud.

En vano espera en su mortal desvelo
Bienes el hombre que promete el cielo,
Si á la lumbre divina
No vuelve el paso que al despeño inclina.
En altar inocente

No tiene precio el voto delincuente;
Ni á la deidad del orbe,
Que á su albedrío mueve,
Súplica habrá que á su justicia estorbe,
Ni ofrenda vil que á la piedad la lleve;
Que en sacrosanto templo

La víctima más santa es el ejemplo.
Goma sabéa en llama desatada
Torna tan sólo la deidad ahumada;
Intención generosa
Tornarála de airada en amorosa.

El santo simulacro
No por la goma ó por el humo es sacro.
Ni á mis ojos el cielo,
Ni á mi razón el mundo,
Debe el espacio de su inmenso velo,
Debe el vigor de su poder fecundo:
El ente, así, sin coto

No toma el sér del insolente voto.
Fiado en macedónica falange,
El Áxio deja y se abalanza al Gange

(1) Fue escrita con motivo de unos versos publicados en el *Diario de Sevilla* (1792), malamente llamados *sáficos*. Se imprimió en el mismo *Diario* con el seudónimo *El Forastero*.

Al són de trompa ardiente
 El domador de la persiana gente.
 Envidia á Jove el culto,
 Y él á sí propio se consagra un bulto,
 De celo no diverso
 Colmar sus aras trata,
 O porque hace infeliz al universo,
 O porque injusto á sus amigos mata;
 Pidiendo sacrificios
 Porque con pompa ejercitó los vicios.
 Al no violado mar el peso oprime.
 De ingenuo tronco que al embate gime,
 No ya en selva sombría,
 Del viento y agua, á quien su peso fia.
 Temeridad avara
 En él se encierra, porque en él prepara
 De lejanas regiones
 Encerrar la riqueza;
 Lleva á su patria los buscados dones
 Que á su suelo negó naturaleza,
 Y virtud apellida
 Lo que es audacia á la codicia unida.
 La ley, docto Damon, que nos dirige,
 Siendo inmortal, á su sabor corrige
 Un mortal miserable;
 Si no altera, corrompe lo inmutable;
 Y osadamente injusto,
 Da á la virtud el aire de su gusto.
 Fortaleza el guerrero,
 Providencia el avaro,
 Llama el herir de inexorable acero,
 Llama el negar á la miseria amparo,
 O en injusta pelea,
 O en menester, que á la piedad vocea.
 Pródigo el cielo ó vengativo, el celo
 Dejó á los hombres de entender al cielo
 Infructuosamente.
 Si leyes puso, la razon prudente
 En cumplirlas porfia,
 Y hace de la virtud sabiduría.
 Pero ¡ay! que trastornada
 La ciencia en muchos juicios,
 La de Dios averigua reservada,
 Y hace sabiduría de los vicios;
 Dos veces agraviado
 Por ser, tras no temido, averiguado.
 Aras, bultos, saber y religiosa
 Pompa, con que la plebe temerosa,
 Curiosa ó delincente,
 Reverencia el poder omnipotente,
 Superstición es vana
 Si ofende al número con acción profana.
 A la inmensa Justicia,
 Que sobre todos vela,
 Sólo el justo es acepto, la malicia
 En vano al templo por costumbre apela;
 Que sólo á Dios adora
 Quien con pureza en el altar le implora.

VII.

Á UN CABALLO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Hijo del aura leve, bruto ufano,
 Que generoso, en diestra bazarria,
 La razon equivoocas con tu instinto;
 Si no del sol el carro soberano
 Guías fogoso, y de esplendor distinto
 No iluminas el orbe en claro día,
 Tu noble gallardía
 A no menor destino
 Te abrió ilustre camino;
 No siendo racional, serlo mereces,
 Y con rayo divino
 Tambien la tierra animas y esclareces.
 Tú del Apolo, que á la Iberia alumbra,
 Vivo y triunfal asiento, de su imperio
 Reconoces la ley para tu gloria.
 La mano que á su impulso te acostumbra,
 Labra tu dicha, y de inmortal memoria
 Ilustra así tu dulce ministerio,

Del toseo vituperio
 Que influye la rudeza,
 Saliste á la belleza,
 Que hoy en tus bríos mejorada admira
 Sábia naturaleza,
 Obra del alto dueño que te inspira.
 Por él, airoso en la espaciosa arena,
 Docto animal, con huella concertada,
 Al géometra, audaz la ciencia imitas;
 O más fecundo, en variedad amena,
 Por la cadencia á que tu pié limitas,
 Giras, citara muda, en la estacada.
 Tal vez, si arrebatada
 De tí mi fantasía,
 Se absorbe en tu armonía;
 En el compas de tu medido paso,
 La dulce poesía
 Conozco, y los hechizos del Parnaso,
 Y ya la majestad de la alta trompa
 En tu porte divino, cuando grave
 Mides la tierra con igual reposo;
 O del coturno la animada pompa,
 Cuando anhelante, rápido y fogoso,
 Tu altivo aliento enardecerse sabe;
 De la lira suave
 Los fuegos me retratas
 Cuando alegre desatas
 En retozo medido tu ardimiento,
 Y humilde luego acatas
 Del suelo hispano al inclito ornamento.
 ¡Oh! ¡cuán robusta en tu luciente bulto
 La majestad nativa resplandece!
 ¡Cuánto en la forma de tu especie cabel
 Y ¡oh! ¡cuánto el arte á tu vigor inculto
 Supo añadir espíritu suave,
 Que á superior esfera te engrandee!
 Cifrada en tí, aparece
 La beldad lisonjera
 Del hombre y de la fiera,
 Mejorada con dobles atributos;
 Y así con gloria entera,
 Vienes á ser el hombre de los brutos.
 Envidiarate Marte, cuando ardiente
 Unce á su carro la fatal cuadriga
 Que de horrisono espanto puebla el mundo;
 Y Apolo á su carroza refulgente
 Te enlazará tambien, cuando fecundo
 Tuesta en los campos la dorada espiga.
 A una y otra fatiga,
 Ya en la lid polvorosa,
 Ya en la gala amorosa,
 Una y otra deidad dócil hallarán
 Tu fuerza ya industriosa,
 Y en tí el triunfo y la gala asegurarán.
 Mas tú, ni de la aurora, cuando ufana
 Tiñe de rosa el despejado cielo,
 El freno envidias que tacha el oro.
 Destinado á grandeza soberana,
 Eres apoyo al inclito decoro
 Del varon inmortal, en cuyo celo
 La dicha y el consuelo
 Descansan de la tierra.
 Tú, de la impia guerra
 No animas, no, la rabia destructiva;
 Tu dueño la destierra,
 Y en tí tremola la sagrada oliva.
 Y tú, engreido con el peso amable
 Del que ambos mundos á su rienda ajusta,
 No sólo le obedeces, mas le adoras.
 Si á la brida te prestas, manejable,
 Y al tacto fiel, ya entibias, ya acaloras
 La planta firme y la cerviz robusta;
 Entónces, con augusta
 Pompa majestuosa,
 Parece que gozoso
 Dices, ardiendo en animado brio:
 «La tierra su reposo
 Debe, y su fausta suerte, al dueño mio.»
 Mas tu gloria tambien, bruto obediente,
 Hija es no de tí mismo; beldad ruda,
 Sin cultivo feliz, rústica yace.
 Tu forma limpia, tu soltura ardiente,

Octavas.

Dulce felicidad, plácido fruto
 Del honesto trabajo y virtud pura;
 Suave alivio del mortal tributo
 Que el hombre paga á la guadaña dura;
 Tú, que desde el olimpo el atributo
 Del eterno Criador á su criatura
 Propagas, hermanando en tus destinos
 Con frágil duracion dones divinos;
 Si ofendida tal vez, con fuga airada
 Te negaste á la tierra, ó porque impia
 Aras erige á la ambicion malvada,
 Que en el ajeno mal su dicha cria;
 O porque infausto en la mortal morada
 El ocio engañador, torpe se fia
 A su infausta delicia el pecho humano,
 Que vicios bebe en su placer insano;
 Revoca el vuelo, y al ardiente voto
 Préstate de mi voz; tu faz divina
 Descienda alegre al deleitable coto
 Que á Bétis ciñe la onda cristalina.
 Tu templo aquí con ánimo devoto
 Frequentan almas justas, que destina
 El pródigo querer del cielo sacro
 A celebrar tu augusto simulacro.
 Tu inspiracion, tu influjo solicitan
 Cuando á que goce de tus bellos dones
 Plebe sencilla, con su ejemplo incitan
 En docto afán, en útiles lecciones;
 Que las miserables gentes siempre imitan
 De la espléndida clase las acciones,
 Y si los ricos la virtud cultivan,
 A su pecho los pobres la derivan.
 Así cuando de Roma floreciente
 Duraba el alto honor, de la loriga
 Se desnudaba el cónsul prepotente,
 Para segar su cultivada espiga;
 La robusta virtud, del eminente
 Ejemplo propagada, á la fatiga
 Crió los pechos que el Oriente hollaron
 Y el mundo al Capitolio encadenaron.
 No en vano liberal naturaleza
 Con fecundo vigor los campos viste,
 Y no en vano de insípida rudeza
 Dota los dones con que al hombre asiste;
 Sábia cuanto benigna, su largueza
 A sazonar los frutos se resiste;
 Para que viva el hombre el fruto envia,
 Para que viva bien, toseo le cria.
 Que el ocio brinda al vicio, y embriagado
 El mortal en su copa, degenera
 Del ser excelso, del sublime estado,
 Que le hace digno de la eterna esfera.
 Mientras hunde en el surco el corvo arado,
 No roba, no asesina, no adultera;
 Al bruto basta sin cultivo el fruto,
 Porque nunca corrompe el ocio al bruto.
 De este modo labró la dicha humana
 El soberano Autor, á cuyo mando
 Luce en rayos de nácar la mañana,
 Y convida la noche al sueño blando.
 Aquella, apenas lúcida y ufana
 Por las puertas de Oriente va asomando,
 Al hombre enseña el patrimonio augusto
 Que á su virtud conviene y á su gusto.
 Entónces de su esposa el casto lazo
 Dejando el Labrador, la escarcha pisa,
 Y con ánimo alegre y fuerte brazo
 Al buey sujeta la cerviz sumisa.
 Ni el hielo le acobarda, ni embarazo
 Le opone el lobo andaz, cuando la risa
 Del aura, á sus tareas lisonjera,
 Sopla la arista en la trillada era.
 Y entónces Baco, el que alegría imprime
 Coronado de pámpanos graciosos,
 Las rubias perlas de la vid exprime,
 Y rebosa en los vasos espumosos.
 No allí la pompa del poder sublime
 Acongoja á sus rústicos dichosos;
 Mas, derramados en humor festivo,

El cuello dulce y noble, que al enlace
 De la rienda sutil los aires muda;
 La bella, aunque membrada
 Corpulencia ligera,
 Que al impulso se altera
 De la pierna, que blanda te fatiga;
 Fiero todo yaciera,
 Bárbaro inútil, sin la ciencia amiga.
 Así, en término igual, labra la gloria
 Del mortal, y la suya inmortaliza
 Quien le pule al mortal sus atributos.
 ¡Ah! ¡que la humana dicha es transitoria,
 Y valen más los hombres que los brutos!
 Deidad es quien sus mentes fertiliza.
 ¡Oh España! ya eterniza
 Tus dichas la sincera
 Fe del que hoy te modera.
 El logra hacer los brutos racionales,
 Y á los hombres que impera,
 Los acerca á los seres inmortales.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Un misero fiscal (1), penitenciado,
 Pobre de bienes, y de penas rico,
 A crúeles verdugos entregado,
 Y ya de ellos ahito y satisfecho,
 Ansia por pasar á otro derecho,
 Que su suerte enderece;
 Es muy justo, señor, y lo merece.
 ¡No veis, señor, que fuera
 Un terrible dolor que yo saliera
 A medio hacer de vuestra grande mano;
 De vuestra mano, en quien se ven reflejos
 De Dios, que no se ciñe á los bosquejos?
 Bienhechor soberano
 Consuma sus hechuras,
 Son lo que pueden ser sus criaturas;
 Y este fiscal que á vuestras plantas llega,
 Ya cuando en el dosel inexorable
 La víctima señala,
 Ya cuando miserable
 Penas devora en su privado techo,
 Mal está dentro y fuera del derecho.
 Vos me hicisteis fiscal; hacedme ahora
 Algo más: verbí gracia, consejero,
 Ministro en Persia, ó cosa que lo valga,
 Y no temais que de lo justo salga
 Tan alto beneficio: si me estima,
 Debe así mano firme, sin perjuicio,
 Pues empezó á formarme, concluirme.
 Y si á pedir me aplico,
 No anciano aún, tan elevado puesto,
 Yo, señor, os protesto
 Que ojos tengo, narices, piernas, manos,
 Tales como las tienen los ancianos,
 Y diz tambien (y que es verdad discurro)
 Que el pollino, aunque viejo, es siempre burro;
 Que la vejez no presta suficiencia,
 Y sin talento es vana la experiencia.
 Acaso vuestra gloria,
 Por aliviarme, vivirá en la historia
 Con duracion eterna;
 Que todo pasa al fin, todo fenece,
 Huye y se desvanece;
 Sólo no va á la tumba del olvido
 El honor al talento conocido.
 La mano que gobierna
 Sin protegerlo, pasa como sombra
 Y se nombra en su daño, si se nombra.

 Esto mandó mi musa
 Que os dijera; cumplillo: si difusa
 Salíó un tanto la arenga y bachillera,
 Obligadme á que sea la postrera.

(1) FORNER fué, primero, fiscal del crimen de la audiencia de Sevilla, y despues fiscal del Consejo de Castilla.

Placer les nace de su afán activo.
 Con el largo vellón barren las flores
 Las candidas ovejas ya esparcidas,
 Que del redil libraron los pastores
 Del rocío del alba humedecidas.
 Pacen, y entre su lana los honores
 Crecen de las naciones más temidas;
 Al humilde telar debe su imperio
 El britano terror de este hemisferio.
 Por él, en las regiones de la aurora,
 De Caledonia el pabellón ufano
 Los espléndidos frutos que atesora
 Traslada así y los goza soberano.
 Bárbaro un tiempo, respetado ahora,
 El de Newton feliz concudadano,
 Si al mar impera en ambiciosa quilla,
 Débelo al arte que en sus manos brilla.
 Tú, divino trabajo, tú acrecientas
 La virtud y el poder, tú de la mente
 Los pensamientos perdidos ahuyentas,
 Tú haces al alma rígida y potente;
 Tú, cuando nos abrigas y alimentas,
 Multiplicado en la oficiosa gente,
 La abundancia produces victoriosa
 Que al imperio del orbe aspirar osa.
 Tal en tiempo no antiguo, dilatando
 Los cotos á la tierra sus pendones,
 El austero español en breve bando
 Tremoló en las antárticas regiones;
 Audaz no hollados piélagos cortando,
 En busca de otros cielos y naciones,
 Ató entre sí los términos del mundo,
 Y sus riquezas derramó fecundo.
 Y el padre Bétis, del sanante remo
 Agitada la espalda en sus orillas,
 Vió, no de Thule, mas del nuevo extremo
 Del orbe las recientes maravillas,
 Ya desdeñado el patrio Caridemo (1)
 Y las verdes Marianas. Cuanto brillas,
 Hispalis, hoy en Occidente triste,
 A la proa atrevida lo debiste.
 Aquí el ébano y mármol ostentaban
 Su noble lustre en altos edificios,
 Que la industria y la ciencia levantaban
 Con los de Oriente ricos desperdicios.
 Aquí á favor de la abundancia daban
 De su mano inmortal doctos indicios
 Cano, Murillo; ¡oh gran naturaleza!
 ¿Desconoces en ellos tu belleza?
 No entonces asquerosa, en sôn doliente
 Y atribulada voz, heria el viento
 La vaga mendiguez con su elocuente
 Clamor cubriendo el ocio fraudulento.
 Que el robusto al inválido sustente
 Virtud es; pero bárbaro portento
 Querer que oficio en las ciudades sea
 El de quien entre andrajos clamorea.
 Sude la frente, y afanada dure
 La mano del mortal; ley adorable
 Le obliga á que el trabajo le asegure
 De su sér la grandeza inestimable.
 Quien aspira á que el ocio desfigure
 Su excelsa dignidad, bruto insociable
 Huya á las grutas, y en cerdoso bulto
 Devore el alimento en bosque inculto.
 Que, si inútil viviente, no vicioso
 Gravámen será allí á las rudas fieras;
 No á su torpeza auxilio ignominioso
 Forzadas rendirán ó lisonjeras.
 El bárbaro semblante y espantoso
 Espurio de su sér á las groseras
 Leyes se ajusten del brutal destino
 Sin mutuo auxilio en su vivir mezquino.
 Virtud, prosperidad, vuestras delicias
 Hijas son del trabajo; así enlazados
 Los hombres en union viven propicios,
 Del reciproco afán necesitados;
 Así exhalando amores y caricias,
 Después de arar sus abundantes prados,

(1) Alude FORNER al Cabo de Gata, el *Charidemi promontorium* de los antiguos.

Honrado labrador parte le ofrece
 De sus frutos al triste que perece.
 Allí pródiga y fausta la opulencia,
 Derramada en magníficos intentos,
 Templos eleva á la divina ciencia,
 Y á la piedad sagrados monumentos.
 Así, si la política prudencia
 Sabe guiar á justos pensamientos,
 Su dicha y la comun los hombres trazan,
 Y la riqueza y la virtud se abrazan.

Á ELISA.

¡Ay! si pudiera encomendar al labio
 Mis tiernas ansias con sereno aliento,
 Sin que Amarilis lo tuviera á agravio;
 ¡Ay! si pudiera dar mi pensamiento
 Libre salida á la pasión dichosa
 Que de gozo me sirve y de tormento;
 Entonces la pasión afectuosa,
 Copiando tierna el miserable fuego
 Que consume mi alma y no reposa,
 Haciendo veces de humillado ruego,
 Tal vez enterneciera á aquella ingrata
 Arbitra de mi angustia y mi sosiego.
 Ahora el silencio mis congojas ata,
 Y encarceladas, ¡ay! mi pecho siente
 Turbulenta opresión que le maltrata.
 ¿Por qué, dudoso el ánimo y doliente,
 Teme la suerte inevitable y dura
 De un desden que le aflija eternamente?
 Así vivo, anegado en amargura
 De incierto amor y tímida esperanza,
 Sin señal que me anuncie la ventura.
 Ardientes ayes que oprimido lanza
 Mi corazón, en hielo lo convierte
 Quien tanta parte de mi vida alcanza,
 Que con estudio la atención divierte
 Por no escucharlos la criuel, ó ufana,
 Por desprecio se goza con mi muerte.
 Yo, absorto en su presencia soberana,
 Fuera de mí traslado el alma mía
 Al delicioso objeto que me afana,
 Y ella con gracia, cuanto bella, implía,
 Burla, afectando inerédula tibieza,
 La congoja mortal de mi porfía.
 La sencilla verdad de mi ternura
 Tiene á juguete de vulgar cuidado,
 Y hace así disculpable su dureza.
 Deidades santas, que mirais postrado
 Mi pecho, y entre lágrimas ardientes
 Pronuncie Aminta, Aminta, dulcemente,
 El fuego que me abrasa derramado,
 Vosotras que sabéis los inocentes
 Votos que el alma en medio de sus males
 Exhala entre deseos reverentes;
 Si han de ser mis angustias inmortales,
 Si al adorable *bien* por quien respiro
 Le ofenden de mi amor tiernas señales;
 Desatada en el último suspiro
 Mi vida á su desden se sacrifique,
 Y haced que vuele al inmortal retiro.
 Segura allí de que su ardor indique
 Mi amante ceguedad, no hará delito
 Que en sus ansias sus penas multiplique.
 Adoraréla en solitario rito,
 Con gozo inextinguible, sin que en tanto
 Mi fe la enoje en importuno grito.
 Culto inocente en inocente canto
 Rendirá á su belleza mi deseo,
 Suave alivio del reino del espanto,
 Donde emuló feliz del blando Orfeo,
 A la divina voz de mi cuidado,
 Gustará el mismo averno del recreo.
 De fúnebres cipreses coronado,
 Pálida imagen de la muerte fría,
 En lamentos, en ayes desatado,
 Pulsando triste con fatal porfía
 La cítara angustiada, ¡ay! más gozosa,
 ¡Ay! más alegre en más dichoso día;
 Escuchára mi voz la dolorosa
 Región del negro olvido, y los horrores

Suspensos de la estancia pavorosa,
 Sus tristes habitantes los rigores
 Compadeciendo de mi amor, á impíos
 Tormentos trocarán tiernos dolores.
 En lúgubre silencio los desvíos
 Lamentarán de mi deidad, agudo
 Pesar que sigue á los deseos míos;
 E interrumpido el sentimiento mudo
 Con el gemir amargo de mi acento,
 Penando aliviaré mi penar crudo.
 Allí fijo en su norte el pensamiento,
 Me ofrecerá la imagen peregrina,
 La adorada ocasión de mi lamento.
 El celestial semblante, la divina
 Gracia del labio que delicias vierte,
 Y acaso luego su favor inclina;
 El donaire gentil que así convierte
 Mi esclava voluntad, y me enajena,
 Y en sí coloca mi inviolable suerte;
 Ora esparciendo por la faz serena
 La encantadora risa con que halaga,
 Que luego implía me convierte en pena,
 La creencia airosa que ondeante vaga
 Por el nevado cuello y de sus rayos
 Mi pecho enciende y los del sol apaga;
 La amorosa ternura y los desmayos
 Del gracioso mirar con que imperiosa
 De mí victorias apercebe ensayos;
 El levantado pecho, donde hermosa
 La copia derramó de sus delicias
 E hizo trono de amor la blanda diosa.
 ¡Qué amables si á mi fuego más propicias
 Sus gracias, y de sí no avara tanto,
 Se apiadase á mis tímidas caricias!
 Tierno recreo del olimpo santo,
 Apacible deidad de las ternezas,
 Alma alegría del nocturno espanto,
 Venus, madre de amor, ¡ay! las tibiezas
 Vence divina de mí bella ingrata,
 Pues inútiles luchan mis tristezas.
 Cuando el sosiego de la noche grata
 Toca sus ojos del beleño blando,
 Y en dulce sueño sus potencias ata,
 Tu soberano hijuelo revolando
 En torno entonces del tranquilo lecho,
 Tu regalado fuego insinuando,
 Inflame activo el desnudado pecho;
 Sienta la llama, y agitada aliente,
 Interrumpa su paz tierno despecho;
 Sienta la llama entonces, y presente
 Mi imagen en el plácido reposo,
 Pronuncie Aminta, Aminta, dulcemente,
 Y cuando el alba de su manto hermoso
 Desenvuelva la luz, al sôn festivo
 Del bando de las aves bullicioso,
 Despertando afanada, en el esquivo
 Corazón sienta Elisa (1) dulce pena
 Igual ¡oh amor! á la que en mí percibo.
 Y el alma toda, de ternura llena,
 Salga á sus ojos con afán risueño
 Y doble el cuello á la feliz cadena.
 Agrádelá mandar, pues es mi dueño,
 Con imperio absoluto en mis acciones,
 No cual tirana ejercitando el ceño;
 Mas ántes adorable en cuantos dones
 La ilustran, su piedad comunicando
 A quien ama vivir en sus prisiones.
 Mas, misero, yo soy el que soñando
 Finge esperanzas al fatal deseo
 Que me está sin cesar atormentando.
 Y ocupado en el dulce devaneo,
 Mientras delira el alma, ocupa Elisa
 Tal vez la suya en diferente empleo.
 Marchita siempre para mí su risa,
 Tibio el semblante, la expresión helada,
 Donde amor sus afectos no divisa;
 Siendo en todas las gracias extremada,
 ¿Por qué se muestra de mí ingrata bella
 Sin fuego y sin ternura la mirada?

(1) El borrador dice Silvia, pero luego nombra á Elisa: debe ser equivocación.

Amor es brillo de luciente estrella,
 Cuya luz al influjo resplandece
 Del sol, que hiera con su rayo en ella.
 Viveza al alma y resplandor ofrece
 El rostro, Elisa, de sencillo amante,
 Cuando el sol que le anima comparece.
 Encendido de nácar el semblante,
 La llama expresa que en el alma habita;
 Llama activa, vivaz, centelleante.
 Así del pecho, que afanado agita,
 Animado el aliento, sale ansioso
 A indicar el deseo que le incita.
 Tal observa el amor el que dichoso
 Logra benigna la deidad que adora,
 Y en reciproco ardor vive gozoso.
 Yo, desdichado, cuya estrella ahora
 Cubre entre sombras á mi vista el rayo
 Que prestar puede luces á la aurora;
 Macilenta en el rostro y con desmayo
 La viveza de amor, que puede ufana
 Duplicar lozanía al fértil Mayo,
 Viendo en tal hielo mi esperanza vana,
 Sólo á la muerte mi consuelo fio,
 Y ella más que mi Elisa será humana.
 Verá así obedecido su desvío,
 Y será grato mi fatal momento,
 A ella por no escuchar el llanto mío,
 Y á mí por no causarle más tormento.

AL TENIENTE GENERAL DON LUIS GODOY Y ÁLVAREZ, HERMANO DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ Y PROTECTOR DE LAS LETRAS, DEDICÁNDOLE LA COMEDIA *EL FILÓSOFO ENAMORADO*.

Epístola.

Las dulces risas y agradables juegos
 Con que en *fábulas* alegre nuestros ocios
 (¡Ocios felices!) ocupó Talía,
 Hoy van á vos, y en ellos la memoria
 De las horas dichosas, fausto tiempo
 En que festiva la amistad con lazo
 De flores nuestros pechos amudaba.
 Entonces, ¡ah, cuán docto el regocijo,
 Revolando en las gratas conferencias,
 Avivaba el deleite provechoso
 De las útiles Musas! De *Mirtilo* (2)
 Allí sonó la cítara fecunda,
 Ya modulada á los heroicos sonos,
 Ya á la cómica sal, ya al delicioso
 Encanto de sus mágicas pinturas,
 Que en gracias mil y mil se derramaban.
 Y allí también satírico mi plectro
 Con áspera irrisión sonar hacia
 Las hazanas del vicio; y de sus tonos,
 Riendo vos, temblaban los malvados.
 ¡Tiempo fugaz! contigo arrebataste
 Tan suaves momentos; fenecieron
 Cual sombra leve los risueños días
 De la union venturosa, y de su nudo
 Sólo nos dejás soledades tristes,
 Recuerdo amargo y esperanza ardiente.
 Mas no, amable Luis, no en lo profundo
 Del olvido entrará de aquellas horas
 El empleo robusto, ni mezclado
 Vuestro nombre á los fútiles despojos
 De la turba vulgar, que en vano vive,
 Efímero será; tal como brilla
 Relámpago veloz en negra noche.
 No así caducan los laureles sacros
 Con que las Gracias sus guiraldas tejen
 Al ingenio feliz. Con los destrozos
 De la muerte se abisman en eterna
 Tiniebla los inútiles desvelos
 De la ambición, de la mortal codicia,
 Frívolas pompas y placeres vanos;
 Y allí, sobrenadando en la corriente
 Rápida de los siglos, salvar saben
 Su memoria y su honor las dulces Musas,
 Las doctas artes y el divino genio.

(2) Don Martín Fernández de Navarrete.